

## ESCENA XXV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. A los venturosos ecos  
del perdón de mi Lisauro  
ya á besarte los pies llego.

## ESCENA XXVI

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENC. Y yo á pedirte perdón.  
LISAURO. ¡Dulce esposa!  
FULGENC. ¡Amado dueño!

## ESCENA XXVII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDAD. A gozar viene Candado,  
entre tantos, un día bueno.  
LISAURO. Con la mitad de mi hacienda,  
pues cuanto tengo te debo  
por leal y por constante.  
CANDAD. Ya tus daños fenecieron.  
LISAURO. A Honorato, desterrado,  
habéis de alzar el destierro.  
DUX. Ya no os puedo negar nada.  
Vamos, Lisauro, y daremos  
principio á vuestra ventura,  
á vuestras penas consuelo.  
LISAURO. Y fin, con vuestra licencia,  
al *Honroso atrevimiento*.

## HABLADME EN ENTRANDO

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON PEDRO DE BUSTOS.  
DON ALONSO.  
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.  
JUANCHO, vizcaíno.  
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA.  
RODRIGO, criado.

DON LUIS HURTADO DE MENDOZA.  
TORIBIA, labradora.  
LUCÍA, criada.  
MENDO, viejo labrador.  
SANCHO, su hijo.  
MÚSICOS.

## ACTO PRIMERO

## ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO DE BUSTOS y DON ALONSO, su amigo,  
de noche, con MÚSICOS, por una parte, con un CRIADO  
con una escala, y por otra DON DIEGO HURTADO DE  
MENDOZA, de camino, con botas y espuelas, y JUAN-  
CHO, vizcaíno, cargado con el cojín y la maleta en  
la cabeza, ridiculamente vestido. Arrimanse á una  
parte, y mientras cantan vayan paseando el ta-  
blado DON PEDRO y DON ALONSO.

MÚSICOS. (Cantan.) «Si no velaran mis ojos  
no celebrarían las dichas  
de los que durmiendo matan,  
de los que matando hechizan.  
Si no durmieran los tuyos,  
glorificarían su vista  
los palpitantes despojos  
de las más seguras vidas.  
¡Ay, ay, qué desdicha!  
A quien mira su alma, deja sin vida.»

ALONSO. ¡Extraño recogimiento!  
PEDRO. ¡Doña Ana, doña Ana!  
DIEGO. Avisa,  
Juancho, al mozo que las mulas  
aleje donde, escondidas,  
aguarden, y vente luego.  
JUANCHO. ¿No las asas y las pringas;  
aún no llegas, ya las tienes  
currucamientos?  
DIEGO. Ves aprisa

JUANCHO. ¿Tienes gana de comer?  
¿Cómo no las necesitas?  
Juancho, matas holandeses  
y ya que piensas venías  
juras á Dios á matar  
holandeses del Barriga.  
¿Cantadorean detienen?  
¡Al diablo les das venidal (Vase.)

## ESCENA II

DICHOS, menos JUANCHO.

DIEGO. Ya que nos trujo la suerte  
cuanto piadosa propicia  
en tan dichosa ocasión,  
encubramos esta esquina  
hasta ver de estos galanes  
el intento.

ALONSO. ¿Qué? ¿porfía  
la doncelleja?

PEDRO. Es de suerte,  
que regalos y caricias,  
dádivas que son de amor  
la mayor artillería,  
pasando necesidades,  
no han bastado á persuadirla  
á que le niegue al honor  
lo que su sangre le dicta.  
Vengo resuelto...

DIEGO. Esto es malo. (Ap.)

PEDRO. A escalar...

DIEGO. Función indigna  
de un pecho hidalgo.

PEDRO. Su casa,

si piadosa no acredita  
con terneza los favores  
que me debe, pues me anima  
mi amor, mi agravio, la noche,  
no tener quién me lo impida  
por estar su hermano ausente  
en esta ocasión.

ALONSO. Pues mida  
tu gusto su voluntad,  
que á tu lado estoy.

## ESCENA III

Sale JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. Retiras  
mulas al mozo, la guardas  
en un callejón metidas,  
grünes mozo, mulas dije  
no comen paja vizcaína,  
no sabe de burlas Juancho  
darle en cox en la barriga,  
confesión pides, bien puedes  
ser su confesor.

DIEGO. No impidas  
con tus voces la ocasión  
que, piadoso, en mis desdichas  
me ofrece el cielo.

ALONSO. ¿Mejor  
no fuera, si pretendía  
tal rompimiento tu amor,  
que, sin despertar vecinos,  
curiosos lince de noche,  
parleros duendes de día,  
te valieses del silencio?  
Porque la música avisa  
á los descuidados ojos  
y á la vecindad incita  
á curiosidad.

PEDRO. No, primo;  
porque primero querría  
ver si puedo con ternezas,  
con músicas, con caricias,  
ablandar este imposible  
dulce hechizo de mi vida,  
si me ofreciese esperanzas,  
más piadosa, más rendida,  
que entreteniendo deseos  
paguen finezas debidas,  
iré engañando temores,  
y si en prudente porfia  
se resiste, atropellando  
respetos del oprimirla  
á que por fuerza mitigue  
mis pasiones.

ALONSO. Pues prosiga  
tu gusto su intento.

PEDRO. Canten,  
y á aqueste balcón te arrima  
para obligalla á que salga  
si se resistiera.

DIEGO. Mira,  
Juancho, que no te divisen.

JUANCHO. Juras á Dios que barriga  
tienes junto á puerta falsa  
y resuello que le quitas.

MÚSICOS. «Abre, pues, divina aurora,

esa oriental celosía,  
saldrá para el cielo el sol  
y para mi noche el día.»  
PEDRO. ¡Ah doña Ana! ¡ah dulce dueño!  
Abre, pues mi amor te anima.  
MÚSICOS. «Rayos fulminan tus ojos  
que á un tiempo matan y miran.  
¡Ay, ayl qué desdicha:  
que quien mira sin alma deja sin vi-  
[da.]»

## ESCENA IV

Sale Doña ANA HURTADO DE MENDOZA á la ventana.  
DICHOS.

ANA. Caballeros, si lo sois,  
pudiera la cortesía  
moveros á no infamar  
los blasones que autorizan  
estas antiguas paredes  
que, aunque ausentes, vivifican  
los Hurtados de Mendoza,  
solar desta casa antigua.  
¿Qué pretendéis desluciendo  
el honor que me acredita,  
á quien el sol presta rayos  
y á quien el cielo da envidias?  
¿Qué fineza en mí habéis visto,  
qué señales, qué premisas  
de mal nacidos descos,  
de esperanzas mal perdidas?  
Caballeros que pretenden  
con apariencias fingidas,  
si pensáis que antiguos bandos  
y enemistades antiguas  
han de amedrentar mi honor  
para que su fuerza os rinda,  
no debéis de haber mirado  
que alientan la sangre mía  
de los Hurtados Mendozas  
las no manchadas reliquias;  
idos luego de la calle,  
ó por las luces divinas  
(que en escuadras mal formadas  
mis pretensiones animan),  
que en defensa de mi honor,  
que en mi pecho se acredita,  
rayos fulmine mi diestra,  
aborten mis ojos iras.

JUANCHO. Dicho lo dicho señora,  
firme como vizcaína;  
Juancho tienes, tente en buenas  
Curtusca perra judía.  
(Va á salir y Don Diego le detiene.)

DIEGO. Juancho, detente. ¡Bien haya  
quien á los suyos imital

JUANCHO. ¡Juras á Dios!...

PEDRO. Ana hermosa;  
cánsate de ser esquiva  
con quien hoy se obliga á honrarte  
dándote para que vivas  
hacienda, no te resuelvas,  
y advierte que si porfias  
no estimando ofrecimientos  
ni acreditando caricias,  
que, forzado del amor  
que mis deseos animan,

alborotando memorias  
que muertos hoy resucitan,  
me arrojaré...

ANA. ¿Cómo es eso?  
PEDRO. A que por fuerza...

ANA. No digas  
razones que, imaginadas,  
ofenden antes que dichas.  
¿Tú has de atreverte á violar  
el solio donde autoriza  
mi castidad su pureza,  
mi virtud su esencia misma?  
¿No te cansan altiveces?  
¿no te ofenden demasías,  
que ocasionando á mi padre,  
le forzaron á que viva  
ausente, si ya no es muerto,  
dejando al tuyo sin vida  
por desmentirle?

PEDRO. Doña Ana,  
esas memorias me animan;  
abre, ó llegaré una escala,  
pues hacerlo facilita  
no tener reja el balcón.

ANA. ¡Que esto los cielos permitan!  
¡Villano! ¿Con tal vileza  
piensas lavar el antigua  
mancha de tu casa?

DIEGO. ¡Ah pesia!  
JUANCHO. ¿Qué pesia, que te imaginas?  
¿que le aguardas, que no sales,  
y ¡zis, zas?

PEDRO. Apercebida  
la traigo, llegadla aquí.  
(Lléganla al balcón.)

ALONSO. Abre, acaba.  
ANA. ¡Fementida  
canailla! si no del suelo,  
del cielo aguardo justicia.

PEDRO. ¡Oh, pesia tanta paciencial  
(Sube Don Pedro.)

ANA. ¡Justicia, cielos!  
JUANCHO. ¡Maldita,  
ánima seas! ¿qué esperas?  
(Sale Juancho y apártale don Diego.)

DIEGO. Quita, aparta. Bien podía.  
Baje acá, hidalgo, aunque miento;  
que quien con mujeres libra  
las venganzas de su espada  
tiene mucho de gallina.  
(Baja de la escalera.)

Considera que esta casa  
es, según tengo noticia,  
de un Hurtado de Mendoza  
á quien la fama acredita  
con valerosas hazañas;  
de quien, si acaso se olvida,  
dará entera relación  
el luto de la capilla  
adonde su padre yace;  
mudo ejemplo que le avisa  
que no se atreva soberbio  
á derramar valentías  
con quien por mujer no tiene  
fuerzas para resistirlas.  
¡Por cierto, brava facción;  
empresa honrosa y altiva;

venganza bien satisfecha,  
y á poca costa adquiridal  
¿Con una dama rigores?  
Mas no es mucho, ¡por mi vida!  
que valientes de alfeñique  
tomen venganzas de almíbar.  
Esta sí, ¡cuerpo de Dios!  
era acción bien parecida,  
con propia sangre ganada  
y á estocadas adquirida,  
no con mujeres. Acaben,  
dejen la calle.

ANA. ¿Hay tal dicha?  
PEDRO. Hombre ó diablo, ¿quién te obliga  
á que incites mi rigor?

ANA. Hombre ó ángel, ¿quién te envía  
á que mi casa defiendas?

DIEGO. Sólo la razón me incita.

ANA. Señor, ¡zis, zas!

PEDRO. Si eres loco,  
presto tendrá tu osadía  
el castigo con la muerte.

ALONSO. ¡Matadle! ¡Muera!  
(Embisten todos con él.)

DIEGO. Oprimida  
la cólera por los ojos,  
ardientes rayos conspira.  
Diego Hurtado de Mendoza  
soy, canalla.

ANA. ¡Hermano!  
DIEGO. Grita,

que á castigar mis ofensas  
el mismo cielo me envía.

PEDRO. ¡Muera, matadle!  
JUANCHO. ¡Zis, zas!

¡Muera esta perra judía!  
(Métenlos á cuchilladas Don Diego y  
Juancho.)

ANA. ¡Dios te libre!

PEDRO. (Dentro.) ¡Muerto soy!

ALONSO. Huyamos.

CRIDAD. 1.º A la justicia  
llamen.

## ESCENA V

Salen DON DIEGO y JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. ¡Juras á Dios, liebres,  
si aguardas hago cecinas!

DIEGO. Muerto queda.

JUANCHO. Ya le mueres,  
patadas des en el Chinas;  
confites pides.

DIEGO. ¡Hermana!

ANA. Diego, ¿estás herido?

DIEGO. Aprisa,  
échate por esa escala.

ANA. Ya me arrojo.

JUANCHO. Escucha, mira;  
si tienes algo que comas,  
arroja.

ANA. No.

DIEGO. ¿Que eso pidas?

JUANCHO. ¿Ni vino?

ANA. Tampoco.

JUANCHO. ¡El diablo  
juras Dios, que caminas!

DIEGO. Juancho: las mulas volando  
saca de León aprisa  
al camino de Rioseco.

JUANCHO. ¿En ayunas?

DIEGO. Qué, ¿aún porfías?

JUANCHO. Lleva el diablo las muelas  
que tienes si no ejercitas. *(Vase.)*

UNO. *(Dentro.)* Saquen luces á esas rejas.

OTRO. A don Pedro, ¡gran desdichal  
han muerto.

OTRO. Por aquí van.

DIEGO. La confusa vocería  
nos cerca; ponte en mis brazos,  
que en la diligencia estriba  
nuestro remedio.

ANA. ¡Ay de mí!  
Hermano: salva tu vida,  
que yo no importo.

DIEGO. Acabemos.  
*(Cógela en brazos.)*  
¡Adiós, pues, ciudad antigua;  
adiós, casa solariega,  
que mis pasados tenían  
por defensa, por sagrada,  
que mi fortuna me obliga  
que deje vuestras paredes!

UNO. *(Dentro.)* Por acá.

DIEGO. Mas si porfía  
Diego Hurtado de Mendoza,  
que sus blasones no olvida,  
clavará un clavo en su rueda  
por que pare en sus desdichas.  
*(Vanse.)*

## ESCENA VI

*Salen DON LUIS HURTADO DE MENDOZA y RODRIGO,  
criado, y otros de camino; DON LUIS con hábito de  
Calatrava.*

LUIS. Rodrigo: dile al cochero  
que por allí era mejor,  
que éste es mal paso.

RODRIGO. Señor,  
sabe...

LUIS. Rodrigo, no quiero;  
déjame ver este campo  
que ha veinte años que dejé.

RODRIGO. La noche lo impide.

LUIS. A fe  
que adonde la planta estampo  
he venido más de dos  
veces á cazar, y allí  
diviso, sí, ya la vi,  
la casa, ¡válgame Dios,  
cuánto me alegro de vella!  
de placer de don Rodrigo.  
Fué mi verdadero amigo;  
todo el tiempo lo atropella,  
pues murió en la juventud  
de su edad, buen caballero,  
de cuya desdicha infero  
que también en la quietud  
llega presto el ramalazo  
de la muerte. Este arroyuelo  
me ha servido de consuelo.  
Ya á León corto pedazo

nos queda, no hay una legua  
si ya no me acuerdo mal.

RODRIGO. Sabe, pues, que es arenal  
este que pisamos.

LUIS. Tregua  
pone al cansancio el gozar  
destos árboles y fuentes,  
cuyas honradas corrientes  
aun no saben murmurar.  
Cuando pasé por aquí,  
mis hijos, aun por criar,  
sin madre á quien apelar  
de mi ausencia, iba sin mí.  
La yegua que me llevaba  
dos mil veces maldecía,  
y al paso que ella corría  
mi corazón arrancaba.  
¡Cuántas veces por los dos  
hijuelos quise volver!  
Y lo hiciera á no tener  
temor y respeto á Dios.  
Envidia á tener llegara  
del muerto, y al mismo punto  
su rostro helado y difunto  
reclé que me llamaba.  
Veinte años ha que partí  
desta ciudad, y otros tantos  
ha que entre tristeza y llantos  
á mis desdichas nací.  
No he sabido de mi casa  
en este tiempo, y de mí  
no han sabido.

UNO. *(Dentro.)* Por aquí.

OTRO. Seguidlos.

DIEGO. *(Dentro.)* ¡Ah, suerte escasa  
que me persigues!

LUIS. ¿Qué es esto?

RODRIGO. Como ya va amaneciendo  
un hombre admiro corriendo,  
señor, hacia aqueste puesto.

LUIS. Voces distintas escucho.

OTRO. *(Dentro.)* Ataja; por aquí van.

## ESCENA VII

*Sale DON DIEGO con DOÑA ANA.—DICHOS.*

DIEGO. ¿Dónde, desdichas, irán  
mis pasos? Pero no es mucho,  
si de vosotras nací,  
que me persigáis. ¿Qué es esto?  
En más peligro estoy puesto;  
ya la esperanza perdí.

ANA. Diego, procura librate.

DIEGO. Sin ti, ¿cómo he de poder  
dejándote á perecer?

ANA. El corazón se me parte.

LUIS. ¿Quién va allá?

DIEGO. Un cuerpo sin alma  
á quien persigue la muerte,  
y como el alma le falta,  
aunque le mate, no muere.  
Mas ¿quién lo pregunta?

LUIS. Un alma  
que á buscar su cuerpo vuelve,  
que ha días que le perdió  
y no vive hasta tenerle.

DIEGO. La risa de la mañana,  
que sólo en esto parece  
que me es el cielo propicio,  
ilustre señor, me advierte  
vuestro venerable aspecto;  
que aquesas bondas de nieve  
son el iris que bonanza  
á mis naufragios promete.  
Esa cruz que os cruza el pecho  
me anima, porque no puede  
pecho con tan nobles armas  
no ser piadoso y prudente.  
Soy noble, aquesta es mi hermana;  
mujer sabia, ilustre y fuerte,  
afrenta de las pasadas,  
envidia de las presentes;  
de vos me atrevo á fiarla,  
seguro que un noble siempre  
de honor favorece y honra  
á quien dél quiere valerse.  
Si vais á León, os pido  
que procuréis que no lleguen  
á vengarse mis contrarios  
con su infamia ó con su muerte,  
metedla en un monasterio;  
si vais á otra parte, denme  
vuestros labios la noticia,  
para que, si el cielo quiere  
librarme, vaya á serviros.

LUIS. Caballero, tiempo es este  
en que no importan palabras;  
el rey me ha hecho mercedes,  
en premio de mis servicios,  
de que en Oviedo gobierne  
su distrito, y voy ahora  
á tomar posesión; quede  
por mi cuenta la opinión  
desta señora, que en este  
punto la he constituido  
por mi hija, y aunque pese  
al mundo, la he de amparar  
aunque mil vidas perdiere.  
Con esto partid seguro;  
mirad que llega la gente.  
Guárdeos el cielo.

DIEGO. Acabad,  
avisadme á Oviedo.

LUIS. Queden  
mis esperanzas con vos,  
que si el tiempo les concede  
á mis desdichas alivio,  
que me prodiguen y ofenden,  
Diego Hurtado de Mendoza  
pagará tantas mercedes. *(Vase.)*

## ESCENA VIII

*DICHOS, menos DON DIEGO.*

LUIS. ¿Cómo, cómo? Aguarda.

RODRIGO. Al viento  
en la ligereza excede.

LUIS. ¡Válgate Dios por rapaz  
lo que has crecido!

ANA. Que llegue  
á vuestros pies no os asombre  
quien ya por su padre os tiene.

LUIS. Tomad, señora, mis brazos,  
que, como padre, os ofrecen  
defenderos y serviros.  
¿Cómo os llamáis?

ANA. Si mi suerte  
me hubiera dado ventura,  
de noble sangre deciendo,  
Ana Hurtado de Mendoza.

LUIS. Ea, las lágrimas no pueden  
dejar de salir. Rodrigo,  
ve al punto que el coche espere  
y mete aquesta señora  
en él, y por que no lleguen  
á conocerla, un volante  
cubra su rostro, y advierte  
al cochero, si llegasen  
á reconocer, que siempre  
digo que es doña Ana mi hija  
y que al camino atraviese  
de Oviedo, que no he de entrar  
ya en León.

ANA. El cielo aumente  
tu vida.

RODRIGO. Vamos, señora.  
¡Confuso voy!  
*(Vanse Doña Ana y Rodrigo.)*

## ESCENA IX

*DON LUIS solo.*

¿Qué me quieres  
fortuna? ¿cómo dispones  
mis desdichas desta suerte?  
¿Cuando pensé que venía  
entre los brazos alegres  
de mis hijos, los apartas  
de mis ojos y previenes  
otras mayores desdichas?  
Cánsate ya de ofenderme.  
Bien me pareció el rapaz,  
alentado es y valiente,  
es hijo de buena madre.  
¿Qué le obligará que deje  
su casa? ¡Qué confusión!  
Dios te libre y Dios te lleve  
á mis ojos. La rapaza  
es como un oro y parece  
varonil. ¡Dios me la guarde!  
*(Dentro.)* Ataja, que ya está cerca.

UNO. Por aquí, por aquí.

OTROS. Por aquí, por aquí.

## ESCENA X

*Sale JUANCHO con dos frenos y la espada desnuda.  
Dicho.*

JUANCHO. Lleva  
el diablo quien tanto corres.

LUIS. ¿Quién va allá?

JUANCHO. Un hombre que tienes  
mucha gana de comer  
y menos de que le cuelgues.

LUIS. ¿De quién huyes?

JUANCHO. De gallinas  
plumas escribanos tienes,  
garras tienes alguaciles,

alones tienes corchetes,  
y cuerpo tienes soplonos,  
mulas quitas lo que sientes  
el freno arranco y les dejo  
sin timón que les gobierne.  
¿Tienele pan su merced?

LUIS. Sin duda criado es este  
de Diego. Decid, soldado,  
si acaso decir se puede:  
¿servís á don Diego Hurtado  
de Mendoza?

JUANCHO. Mi amo es ese,  
aunque pese al mundo.

LUIS. ¡Ah noble  
nación! Pues no es tiempo aqueste  
de dejarle; aquesta bolsa  
tomad, amigo, y dirísle  
que su padre se la envía.  
*(Dale una bolsa.)*

JUANCHO. Su padre ha mucho que mueres,  
¿qué diablos dices?

LUIS. Andad,  
que yo sé bien que él me entiende;  
atravesad ese monte,  
que esos riscos que pretenden  
ser columnas en que estriban  
del hemisferio los ejes  
le esconden.

JUANCHO. Pues ¿hacia dónde  
camina?

LUIS. A mí me parece  
que á Oviedo.

JUANCHO. ¡Juras á Dios  
que si no vienes la muerte  
que le tienes de seguir,  
aunque el diablo se le lleve!  
Mas sin bebes y sin comes;  
buen consejo me parece  
poner el freno del mula,  
así entretendrás los dientes,  
*(Pónese un freno delante y otro detrás.)*  
Juancho, y el hambre también.  
Ya el uno puesto lo tienes  
y esotro póngole aquí,  
que, pues no comes ni bebes  
ya pues de nada le sirves  
hasta que el tiempo le llegues,  
bien es, Juancho sin ventura,  
que ambos agujeros cierres.  
*(Vase con los dos frenos.)*

LUIS. Ya el coche va atravesando.  
Diego, Dios te libre y lleve  
á mis brazos y á mis ojos;  
Ana, venturosa suerte  
te dé el cielo por que entrambos  
seáis en dolor tan fuerte  
el báculo de mi vida  
y el descanso de mi muerte. *(Vase.)*

## ESCENA XI

*Sale TORIBIA con capa aguadera, á lo asturiano, y con agujada, y Lucía, su criada, de la misma suerte; haya ruido de carretas y cantará Lucía al son del ruido de la carreta.*

LUCÍA. «Que ya as doncelas de León  
libertadiñas son.

O Rey Mauregato,  
menguado y traidor,  
al cordobés moro  
en feudo las dió.  
Dios nos guarde el Rey  
que las libertó  
que ya as doncelas de León  
libertadiñas son.»

TORIBIA. Lucía.  
LUCÍA. ¿Qué mandas?  
TORIBIA. Ten  
esos güeyes aguidados  
y pazcan en esos prados  
sin las coyundas también;  
échales heno.

LUCÍA. El mohino  
en la laguna bebió;  
pero luego que acabó  
la echó por otro camino,  
aunque poco más sobida  
de color.

TORIBIA. Mis güeyes son,  
Lucía, en toda ocasión,  
de condición muy comprida,  
si un arroyo se desata  
y beben por su decoro,  
al punto pagan en oro  
lo que bibieron en prata.  
Cuando los hace cosquillas  
el prado alegre y sutil,  
si le comen peregil  
le vuelven albondiguillas.  
Cuando desta sierra el rizo  
de la nieve el hielo afila  
y á estas faldas se destila  
con perpetuo romadizo.  
si de cualquiera manera  
abrigo los damos luego,  
tortas nos dan para el huego  
de bizcocho de galera.  
Cortesés por maravilla  
son siempre, si en mi conciencia,  
que hacen una reverencia,  
que quiebran una costilla.  
Todas las virtudes se hallan  
en ellos, pues, divertidos,  
son güenos para maridos  
que sufren, comen y callan.

LUCÍA. Esto de ser saterica,  
¿cuál diablo te lo ha enseñado?

TORIBIA. Cualquier villano es lletrado  
si á las malicias se aprica.  
Desunce los güeyes.

LUCÍA. Voy.  
Verá lo que hace el bragado  
zagüey. *(Vase.)*

TORIBIA. En aqueste prado  
me asiento, cansada estoy.  
¡Válgame Dios que es de ver  
amanecer la mañana  
con su capote de grana  
cuando juega al esconder  
el sol, que aún no conocido  
con halagos lisongeros,  
mos viene haciendo pucheros  
tembrando y recién nacido!

¡Válganme en esta ocasión  
todos los siete durmientes!  
*(Echase al pie del monte á dormir, y dice Lucía dentro.)*  
LUCÍA. ¿Qué toyes? ¡Huego en los dientes  
zagüey con la maldición!  
*(Canta Lucía.)*  
«Las tres periñas do ramo, ¡oy!  
son para vos meo amo.»

## ESCENA XII

*Mientras va cantando asoma por lo alto de un monte DON DIEGO, lleno de polvo y mirando abajo.—Dichos.*

DIEGO. Ya apenas puedo mover,  
valor, los cansados pasos;  
no sé por dónde descienda,  
que sois tan fragosos y altos,  
que incontrastables os miro  
y os admiro temerarios.  
Con las nubes competís  
y así podéis alabaros  
de que en tan alto habéis puesto  
un hombre tan desdichado.  
Si esta senda permitiera,  
por dicha, bajar al llano,  
fuera alivio de mis penas.  
*(Va bajando.)*

Parece que ha abierto paso  
el cielo á mis desventuras;  
algún arroyo ha dejado  
esta mal formada senda;  
gente parece que abajo  
asiste; unos bueyes miro  
paciendo, y allí cantando  
está un pastor; llamar quiero,  
quizá llevará un bocado  
de pan. ¡Ah, pastor amigo!  
¡Hola! ¡ah, pastor!

TORIBIA. *(Recuerda.)* ¿Quién diabros  
mos corrompe el sueño?

DIEGO. ¡Cielol  
¡parece que estoy soñandol

TORIBIA. ¿A quién gritas ó qué quieres?

DIEGO. Zagala, que esos peñascos  
parece que por deidad  
para mi bien te guardaron:  
sabe, pues, que vengo huyendo  
de mí mismo; porque traigo,  
por sombra de mis acciones,  
la desdicha de mis hados.  
Nací en León, donde anoche,  
apenas recién llegado  
de Cádiz, donde á mi Rey,  
resuelto y determinado  
quise ofrecerle mi vida  
por víctima de mis años,  
arriesgada en su defensa,  
en el furioso rebato  
que el inglés le presentó,  
bien á costa de su daño,  
al fin llegando fué fuerza  
que, intentando hacerme agravio,  
á un caballero le diera  
muerte; siguiéronme cuantos

parientes tiene y también  
la justicia, háme guardado  
el cielo para que ahora  
viniese á dar en tus manos.

TORIBIA. Afilido caballero,  
á buen puerto habéis llegado;  
bajad, no tengáis temor,  
que por los cielos sagrados,  
que á quien intente ofenderos,  
que á quien presuma enojaros,  
como si fueran gorriones  
los mate con ese palo.  
Estas montañas habita  
mi padre, un noble serrano;  
es dueño de cuanto miran  
vuestros ojos, que esos pagos  
todos le rienden tributos  
y le sustentan ganados.  
Tiene dos hijos, que somos  
yo y Sancho Díaz mi hermano;  
vengo ahora de León  
de vender en esos carros  
la manteca y el carbón  
uno prieto y otro blanco,  
ca cá non damos concetos  
como allá los cortesanos.  
Sentaos, que seguro estáis  
y comeréis entre tanto,  
que allá en casa se os aliña  
algún locido regalo  
pan y queso, que aquesto es  
el más sabroso en el campo.  
Sentaos y descansaréis.

*(Siéntase y saca de las alforjas pan y queso.)*

DIEGO. Sólo con veros descanso.

TORIBIA. Pues si descansáis con verme,  
id comiendo y descansando,  
que yo me pondré aquí enfrente.

DIEGO. En vos, sin duda, juntaron  
la piedad y la hermosura  
mucho gracia en pocos años. *(Come.)*

## ESCENA XIII

*Sale JUANCHO por lo alto de otro monte con los frenos puestos.—Dichos.*

JUANCHO. ¡Juras á Dios que esta tierra  
es buena para milanos!  
Campo lleno de verrugas,  
¿cuándo llegarás al llano?  
Tú, Juancho, ya que no comes,  
cantando siéntate un rato.  
*(Siéntase y canta mirando abajo.)*

«¿Quién quieres pan que lo arrojé,  
tres días ha que no como?»

DIEGO. ¡Vive Dios que aquella voz  
la conozcol ¡Juancho, ah Juancho!

JUANCHO. ¿Quién llamas Juancho? ¿qué es esto?

DIEGO. Juancho, baja, que aquí tengo  
que comas.

JUANCHO. Estáis soñando,  
pues no tienes por adónde  
mejor bajarás rodando.  
*(Echase á rodar.)*

¡El diablo llevas el frenos,  
las narices me he quebrado.  
DIEGO. ¿Cómo los traes así?  
JUANCHO. No es tiempo para contarlo;  
hartaré pan y después  
dirélo. ¿Quién te le ha dado?  
DIEGO. Esta serrana piadosa  
que hoy ha de ser nuestro amparo.  
JUANCHO. ¡Oh serrana panadera!  
Deja besar el zancajo.  
TORIBIA. Levantaos, Juancho, comed;  
que después podréis besarlo.

## ESCENA XIV

Sale Lucía.—DICHOS.

LUCÍA. Ya es hora, si te parece,  
que nos vamos. ¡San Hilario!  
¿con hombres estás, Toribia?  
TORIBIA. Calla, que es un hombre honrado  
caballero de León,  
que, huyendo por ciertos casos,  
llegó triste y afligido  
por entre esos riscos altos  
á pedirme pan, y á fe  
que lo hubiera perdonado,  
porque no sé qué cosquillas  
siento en el alma.  
LUCÍA. Es gallardo.  
¿Y estotro quién es?  
TORIBIA. Estotro  
diz que es Juancho, su criado.  
LUCÍA. Pues, Toribia, á Juancho alojo,  
porque si hubiera arrebatado  
adonde muriese Ero  
es bien que muera Leandro;  
en el alma encaramado  
le tengo ya.  
JUANCHO. ¿Qué me dices?  
Lucía. Hasme un puchero.  
LUCÍA. Y aun cuatro.  
JUANCHO. Si le tienes algo dentro  
comeremos un bocado.  
LUCÍA. ¡Alto, á subir!  
JUANCHO. Vamos, pues,  
matada me llevas, Juancho;  
al diablo le das amor.  
(Vanse los dos.)  
DIEGO. No eres para panciflacos.  
TORIBIA. Ya unce Lucía, vení  
y no me engaños.  
DIEGO. Si engaño  
te hago, muera, Toribia,  
á tus bellísimas manos.  
TORIBIA. ¡Qué de embustes, qué de enredos  
hechiceros cortesanos,  
algún diablo os trujo aquí!  
DIEGO. ¿Queréis darme una mano,  
que estoy cansado?  
TORIBIA. Y aun dos.  
(Asense de las manos, y va Toribia tirando del.)  
¡Ay Dios, qué blancos pedazos  
de ñeve; no sé qué siento  
parece que estoy temblando,  
y á un tiempo mismo parece  
me acucian con gozo y llanto,

aquí, en los ojos, cosquillas;  
aquí, en el pecho, milanos.  
(Vanse asidos.)

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

Salen Toribia y Lucía.

TORIBIA. Como digo de mi cuento,  
en la carreta sobió  
cansado, y lo que pasó  
prega á Dios que sea en descuento  
de mis pecados, amén:  
porque cuando me miraba  
blandos ojuelos me echaba,  
más que fruta de sartén.  
Yo, que estaba corrompida,  
queriendo desimular,  
aun no le osaba mirar  
vergonzosa y encogida,  
y con palabras fulleras  
comenzándome á agarrar,  
pardiez, que quería pasar  
de las burlas á las veras.  
Yo, que turbiada miré  
al mozo, con bravo ahinco  
rempujéle, y con un brinco  
de la carreta salté.  
Llegamos á casa, al fin,  
él triste, yo mesurada,  
que este honor, esta nonada  
es de los gustos mal fin.  
Mal haya su opinión vana,  
pues, en casos diferentes,  
les hace hacer á las gentes  
lo que no tienen en gana.  
LUCÍA. Crudelia fuiste con él,  
Toribia, si en mi verdad,  
que un pecilgo no es maldad  
que corrompió el arancel.  
Mi Juancho hué más cortés,  
en la carreta sobió,  
y á la larga se tendió  
encaramando los pies  
sobre una estaca, y mohino  
porque el vino le faltó,  
al columpio se durmió  
roncandó como un cochino.  
Nuesa carreta chillaba  
y él, al paso que groñía,  
el contrabajo llevaba.  
Yo pasé muy malos ratos  
porque, como era á porfia,  
todo junto parecía  
una capilla de gatos:  
la carreta el ponedor  
donde los libros están,  
el pértigo el sacristán  
que los vuelve alrededor,  
y porque esto viene á punto,  
una capilla tan brava  
el un güey les enseñaba  
con la cola el contrapunto.  
TORIBIA. Padre viene.

## ESCENA II

Salen Mendo, viejo, y Sancho su hijo, de villanos,  
y Rodrigo, Don Luis y Doña Ana.—DICHOS.

LUIS. El coche queda  
á la falda desos riscos,  
á quien coronan lentiscos  
y apacible murta enreda.  
Es tan fragoso el camino,  
que por él precipitado,  
siendo mirador del prado,  
fui de las nubes vecino;  
viendo imposible el remedio  
en fortuna tan cruel,  
sacar á mi hija dél  
tuve por más sano medio,  
y al fin con ella en la yegua  
vengo á que le encaminéis.  
MENDO. Bien presto verle podéis,  
que aun no hay un cuarto de legua.  
Sancho: salta en la tordilla  
y por el collado abajo,  
le guía por el atajo  
que para en la fuentecilla  
del Olmo, que por allí  
vendrá á placer.  
SANCHO. A eso voy;  
descansad, mientras que doy  
á vuestro cuidado así  
sosiego, hermosa señora.  
Si el coche cuidado os da  
no lloréis, porque vendrá  
presto. Por el coche llora;  
¡quién fuera cochel ¡ay de mil  
Sancho: vuela, acaba pues.  
MENDO. De promo tengo los pies  
SANCHO. después que estos ojos vi.  
¡Voto al sol! ojos serenos,  
si es que el coche os causa enojos,  
que os traiga el coche en mis ojos  
y esto será lo de menos. (Vase.)

## ESCENA III

DICHOS, menos SANCHO.

LUIS. Hija, divierte el cuidado  
que tus tristezas te dan,  
que yo espero que tendrán  
consuelo presto.  
ANA. Si enfado  
os causa, señor, el ver  
afectos del corazón,  
son hijos de una pasión  
á quien no puedo vencer.  
Si un bien solo que tenía,  
cuando apenas le gocé,  
ya su muerte contemplé  
y entre su muerte la mía,  
que celebre no os espante  
con lágrimas mi dolor.  
TORIBIA. A esa le hirió el amor  
por detrás ó por delante;  
pues trae dolor semejante,  
para Dios que no tengamos  
algo en que entendel, Lucía.

MENDO. Descansad, por vida mía,  
aquí esta noche.  
LUIS. No vamos  
para sosegar, que ponen  
de aquí á Oviedo cinco leguas.  
MENDO. Poned al cansancio treguas,  
pues mis venturas disponen  
que tenga esta humilde choza  
todo el bien que ha deseado.  
LUIS. Un afligido cuidado  
mal con temores reposa:  
hoy á Oviedo he de llegar,  
que, como os he dicho, allí  
voy á gobierno.  
ANA. ¡Ay, de mí!  
MENDO. Alto, pues; haz aliñar,  
Toribia, algo que comer.  
LUIS. ¿Es hija?  
MENDO. En casa nació  
y mi mujer la parió,  
y entonces había de haber  
dos años que nos casamos.  
LUIS. Buenas señas.  
MENDO. Llega acá,  
mochacha.  
LUIS. Razón será,  
cuando en vuestra casa estamos,  
señora, que nos mandéis  
en que os podamos servir.  
ANA. No procuréis encubrir  
dos mil gracias que tenéis.  
TORIBIA. ¿Dos mil gracias? ¿Soy la cuenta  
de perdón?  
LUIS. ¡Donosa ha andado!  
ANA. Sois tan bella que he dudado  
si alabaros es afrenta,  
porque alabanza no cabe  
en la perfección mayor.  
TORIBIA. ¡Alabáme vos, señor,  
que no hay acá quien me alabe!  
Desta suerte, padre, vos  
alabá aquesta señora;  
decidle que es sol y aurora  
y estaremos dos á dos.  
LUIS. ¿Quién es esotra serrana?  
LUCÍA. ¿Quiéren alabarme?  
TORIBIA. Sí;  
también habrá para ti.  
LUCÍA. Alaben hasta mañana,  
no doy más que esto.  
LUIS. El despejo  
aumenta más su hermosura.  
TORIBIA. Acá nos requiebra el cura,  
pero es amante á lo viejo;  
para toda la semana  
tiene requiebros bastantes,  
que, como los estudiantes,  
los enjugó una mañana.  
Los días de carne diz  
que es nuestro rostro hechicero,  
más sabroso que el carnero,  
más tierno que la perdiz.  
Los sábados no hay morcilla  
que esté al humero segura,  
es nuesa boca asadura,  
nuesos ojos pajarilla.  
Mas yo, á mi mal entender,

he llegado á pergeñar  
que él pide con requebrar  
lo que quijera comer.

ANA. Vos sois discreta y hermosa  
y en las dos cosas perfeta.

MENDO. Rapaza: ¿quién te ha mostrado  
aquesas bachillerías?

LUCÍA. Ellas vienen con los días,  
que, aunque mos hemos criado  
con las cabras y los güeyes  
en buena conversaci6n  
entre estos riscos que son  
su corte, si ellos sus reyes,  
tambi6n sabemos habrar.

LUIS. Donosa es la labradora.

MENDO. Entrad, hermosa señora,  
donde podáis descansar,  
que á fe que vendréis cansada.

Mochachas, á componer  
lo que habemos de comer.

LUCÍA. La olla está aderezada.

MENDO. Asa un poco de jam6n;  
Toribia: ve á la cocina,  
haz matar una gallina,  
y si no mata un cap6n.

LUCÍA. ¿Qué cap6n han de matar?  
¡hemos de matar aquí  
lo que hamos criado! (Llora.)

MENDO. Sí.

¿Por aqueso has de llorar?

LUCÍA. Herodes desos capones  
han sido esos caballeros.

TORIBIA. Calla, no hagas pucheros.

LUCÍA. No he de sufrir sinrazones...

TORIBIA. Dalos á la maldici6n.

Lucía, parte á matallos,  
que hay capones que son gallos  
en llegando la ocasi6n.

LUCÍA. Eso siento si lo dudas,  
que es quedar, aunque lo abones,  
quitándoles los capones  
muchas gallinas viudas.

TORIBIA. ¿Onde el mi querido hué?

LUCÍA. Como acabó de almorzar,  
cansado, se entró á acostar,  
y durmiendo le dejé.

El mi Juancho en el pajar  
ronca como un descosido.

TORIBIA. Esta ninfa ca venido  
ma dado que sospechar,  
no quijera que lo vea...  
¡Prega á Dios!...

LUCÍA. ¿Qué pregas?

TORIBIA. ¿Qué?

Vamos y te lo diré;  
prego que orégano sea.

(Vanse las dos.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos TORIBIA y LUCÍA.

LUIS. ¿Y ha mucho que estáis aquí?

MENDO. Más de treinta años habrá  
que aquesos presumo que ha  
que para vivir nació.

Mas esto no es para ahora,  
entremos en casa.

LUIS. Vamos.

MENDO. Puesto que no merezcamos  
veros alegre, señora,  
entrad y descansaréis.  
Comeremos un bocado.

ANA. En aqueste verde prado  
os suplico me dejéis  
un rato por divertir  
con sus flores mi tristeza.

MENDO. Pensión es de la belleza  
tener siempre que sentir.

LUIS. Ana, procura alegrarte;  
conmigo estás y yo soy  
quien te y palabra te doy  
que no tengo de faltarte  
aunque mil vidas perdiera.

ANA. Mi sentimiento, señor,  
no pone duda en tu amor.

LUIS. Sabe el cielo que quisiera  
tu contento y tu quietud  
más que el mío; sí, ¡por Dios!  
Vamos, señora, los dos.

(Ap.) ¡Quién pudiera esta inquietud  
consolar! Mas no conviene,  
hija, callemos, quizá  
el callar importará  
al remedio que previene  
mi amor en tan triste suerte,  
pues no siendo conocido  
valdré á mi hijo querido  
librándolo de la muerte.

(Vanse Mendo y Don Luis.)

## ESCENA V

Doña Ana sola.

ANA. ¡Buen lance habemos echado!  
Tras de tantas desventuras  
que en mi daño mal seguras  
ni cesan ni se han cansado,  
yo he llegado  
á la desdicha mayor,  
pues cuando esperé favor  
para mis daños,  
hallo de súbito en años  
recién nacido el amor.  
Cuando, huyendo de mi suerte,  
infelices pasos daba  
y tímida tropezaba  
en los brazos de la muerte,  
¡trance fuerte!  
¡triste estrella! ¡adverso hado!  
advierdo en mi triste estado  
¡qué rigor!  
que es la desdicha menor  
morir para un desdichado.

## ESCENA VI

Sale SANCHO.—DICHA.

SANCHO. Ya por quebrarle los ojos  
á quien os le pudo dar  
el coche truje á pesar

suyo, cesen los enojos,  
que en despojos  
de tan celestial pintura,  
le pediré á mi ventura  
por favor,  
que ya que me dió el amor,  
no me niegue esa hermosura.  
Pardiez, si he de hablar verdad,  
bien se me puede creer  
que sois la primer mujer  
que rindió mi voluntad,  
y pensad  
que me siento tan glorioso  
en este lance amoroso,  
que he creído  
que siendo vuestro vencido  
he quedado victorioso.

¡Mala Pascua me dé Dios  
si en el punto que os miré  
de la suerte no dudé  
cuál fué mayor en los dos!  
Admiro en vos  
una perfecci6n discreta,  
por miraros,  
que la vista más perfeta  
entre prodigios tan raros  
se exhala como cometa,  
y quisiera preguntar,  
porque deseo saber,  
¿cómo enseñáis á querer  
á quien nunca supo amar?  
Que es de admirar  
que á tantos en las cadenas  
enlacen á manos llenas  
vuestros labios  
á cuchilladas de agravios  
y á puñaladas de penas.

ANA. Quien tan bien sabe decir  
lo que desea explicar,  
si es que no ha sabido amar,  
¿cómo ha sabido sentir?  
Séos decir  
que si os falta sentimiento,  
que en tan amargo tormento  
puedo enseñaros  
á sentir con obligaros  
sintiendo lo que yo siento;  
y si es que acaso es verdad  
que os debo alguna afición,  
débaos en esta ocasi6n  
gozar desta soledad.

SANCHO. Ordenad  
lo que fuéredes servida;  
la obediencia me convida,  
porque espero  
que conozcáis lo que os quiero,  
pues me aparto de mi vida. (Vase.)

## ESCENA VII

Salen por otra puerta DON DIEGO y JUANCHO.  
Doña Ana.

DIEGO. No he podido sosegar,  
Juancho, porque considero  
la poca seguridad

que en aquesta casa tengo.  
Mis contrarios me persiguen  
tan furiosos y soberbios,  
que desos riscos umbrosos  
habrán contado los senos.  
No sé qué remedio intente.

JUANCHO. Al diablo le das remedio  
y pulgas le das al diablo,  
que en aquel pajar tenemos  
hoy pulga, ¡juras á Dios!  
que piensas que eres barbero  
y pes pega un picotazo  
que dejasá Juancho muerto.  
Pulga hay que bien puede ser  
con cordel mozo de ciego;  
una pulga reverenda  
toda vestida de negro,  
piensa que es fraile benito  
que te sales del convento.  
¡Muerto vienes, pobre Juancho!

## ESCENA VIII

Asómase TORIBIA al paño con un asador en la mano.  
DICHOS.

TORIBIA. ¡Mal sosiega el pensamiento!  
De la cocina me salgo  
y á mi padre en ella dejo,  
que un quillitro no me deja  
poner los pies en el suelo.  
Huí en busca de mi querido  
y no está en el aposento;  
mas helos adonde están.

DIEGO. Este es el mejor consejo,  
á Madrid parto esta noche  
si me dejan. ¡Anal!

ANA. ¡Diego! (Abrazanse.)  
¿Es posible que mis ojos  
tan gran ventura tuvieron?

TORIBIA. ¡Concertáme estas medidas!

DIEGO. No creerás á qué buen tiempo  
te ven los míos, doña Ana.  
Sin duda ha querido el cielo  
dar consuelo á mis desdichas  
con tu vista.

JUANCHO. ¿No merezco  
que Juancho besas tus manos?

ANA. ¡Juancho! los brazos es premio  
muy corto de tus servicios.

TORIBIA. Para todos hay refresco.  
¡Qué socorrida mujer!  
¿Qué haré, que rabio de celos?  
No habrá una hora que llegamos,  
porque ignorando el cochero  
el camino, nos perdimos  
después de varios sucesos,  
que en esos montes pasamos  
esta noche, hasta que el cielo,  
con la luz de la mañana,  
nos dió en esta casa puerto.  
En ella os halló ventura,  
que sólo pudiera serlo  
entre tan grandes desdichas  
como nos siguen; bien veo  
que os ha de añadir disgustos